

ridades que ella manda, y se os permitirán los placeres que no prohíbe; subid á la montaña como María, y supuesto que sin penitencia y mortificacion no hay salud eterna, ¿os sacais acaso aquel ojo que os escandaliza? ¿llevais aquella cruz que os oprime? ¿rompeis la propia voluntad que os tiraniza? ¿castigais la carne á quien tanto amais? ¿bebeis de aquel cáliz de que es preciso beber para sentarse á la diestra de Jesucristo?

Pero yo no me admiro de que el siglo se engañe en este punto; en él todo camina sobre el pié del error y de la mentira, y siempre ha estado en posesion de juzgar falsamente de lo que concierne á la salvacion; pero esta ilusion halla partidarios aun entre aquellos que hacen profesion de la piedad, y aun puede decirse que si fuera posible, casi caerian en este error los escogidos.

Hay algunos que despues de una conversion ruidosa viven tranquilos en su buena fama de piedad, aunque entregados todavia á todos sus defectos, altivos, coléricos, vanos, apasionados, sin tener mas virtud que un método de vida mezclada de flaquezas y de buenas obras, de tibieza y de devocion, de gracia y de amor propio, de sacramentos y de recaidas.

Algunas creen haber renunciado al mundo y á sus pompas sin haber renunciado mas que á la confusion y á los estorbos; se privan de las concurrencias ruidosas, pero frecuentan todos los dias otras menos públicas y mas delicadas; no se entregan ya al público ni se franquean á todos los importunos; pero entre personas escogidas gozan de todo el deleite de la conversacion sin padecer sus molestias; han abandonado el juego excesivo, pero no la ociosidad y pérdida del tiempo; no tienen aquellas profanas ansias por hacerse amar, pero no las disgusta el ser queridas; final-

mente, el solo nombre de pasion asusta su virtud, pero acaso solo se asustan del nombre.

Otra cree tener ya el cielo en prendas, sin poder contar entre sus virtudes mas que tener un director por vanidad, algunas confesiones arregladas y estar escrito su nombre en todas las devotas congregaciones de la ciudad.

Finalmente, otra se figura caminar con pasos agigantados en el camino de la justicia, no gobernándose sino por su antojo; interrumpe apresuradamente su método de vida, ya con la limosna, ya con alguna austeridad y otras veces con el retiro; Dios tiene sus intervalos, si es lícito decirlo así, y el mundo el corazon. Parece que vuestra ley, ¡oh Dios mio! mas durable que el cielo y que la tierra, es una ley incierta y variable; quitamos y ponemos en ella á nuestro gusto; la ajustamos al génio, á la edad y al estado; en una palabra, cada uno se forma un Evangelio aparte, en el que halla el secreto de introducir sus flaquezas.

Sí, católicos, el espíritu de la religion es poco conocido aun de aquellos que parece que practican sus máximas, y aun hoy podemos reconvenir, como en otro tiempo reconvenia Jesucristo á sus apóstoles, á la mayor parte de los que hacen profesion de seguirla: *Nescitis cujus spiritus estis*,<sup>1</sup> no sabeis á qué espíritu habeis sido llamados.

Aprendamos, pues, con el ejemplo de María, y enseñenos su fidelidad que Dios no solamente nos pide una parte de nosotros mismos, los intervalos de tiempo y algunas expresiones de fervor, sino todo nuestro corazon, todos nuestros deseos, todas nuestras acciones; en una palabra, una entera conformidad con el Evangelio, que debe ser nuestra regla en este mundo, pues él ha de ser nuestro juez

<sup>1</sup> Luc. 9. v. 55.



en el otro. Sí, católicos, seamos fieles á Dios, y despues de esto todo lo podemos esperar de su misericordia; contemplad cuántas bendiciones siguen á la fidelidad de María. El Verbo empieza su ministerio y santifica al Bautista; el precursor salta antes de nacer, Isabel profetiza; aun la misma Señora, que hasta entonces habia ocultado las maravillas que el Señor habia obrado en ella, las descubre por un santo exceso de alegría y exalta el poder y misericordia del Señor.

¿Cuándo llegará el tiempo, oh Dios mio! de que atravesando á su ejemplo estas fatales montañas que me separan de vos, yo pueda, como ella, celebrar las maravillas de vuestra gracia? Avergonzado de mi tibieza y de mi negligencia, hago vanos esfuerzos para acercarme á vos; pero ¡ah! apenas he vencido una flaqueza, cuando debilitado con la misma victoria, vuelvo á caer por mi propio peso, y me dejo arrastrar de otra; cansado de pelear continuamente conmigo mismo, me doy por último á partido con mi amor propio, y para vivir tranquilo en mis pasiones, solo las niego el pecado y las cedo todo lo demás.

Pero Señor, ¿esta oposicion que conservo al pecado proviene de vuestra gracia? ¡Ah! si la memoria del deleite profano pudiera perecer con el mismo deleite; si yo pudiera vencerme en orden á los crueles remordimientos que trae consigo la culpa mortal y vivir tranquilamente siendo pecador, ¿qué sé yo lo que pudiera una ocasion con mi flaqueza? ¿qué sé yo si todos mis proyectos de virtud tendrian un triste fin? No, yo no aborrezco al pecado; amo, sí, mi tranquilidad; si vuestra gloria fuera el sagrado principio de mi aborrecimiento, aborreciera todo cuanto os desagrada, no se me veria caer todos los dias con tanta reflexion en unas infidelidades que tanto ofenden á vuestro amor, no se

me oiria informarme tan amenudo de si es pecado mortal el usar de tal placer; bastaríame el saber que os desagrada. Yo, á la verdad, no busco la inocencia; huyo, sí, de la inquietud; dichoso yo si de esta falsa paz no paso á una confusion eterna, desterrado para siempre de la paz verdadera que acompaña á la felicidad de vuestros santos! Esta es la que os deseo. Amen.

